

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
REYES Y REINAS	11
JUDERÍAS Y JUDÍOS EN MADRID.....	77
DE LAS AGUAS	85
DE LAS ALCANTARILLAS	95
DE LOS BOMBEROS	99
DE LAS FUENTES DE ENERGÍA	103
ANTES DE LA EDAD MEDIA	105
SIGLO XII.....	109
SIGLO XIII.....	111
SIGLO XIV.....	117
SIGLO XV.....	119
SIGLO XVI.....	131
SIGLO XVII	151
SIGLO XVIII.....	175
SIGLO XIX	193
SIGLO XX.....	229
VALLECAS	255
BARRIO DE TETUÁN	263
BARRIO DE CENTRO	265
DE LOS MÉDICOS Y LAS ENFERMEDADES	269
CAJÓN DE SASTRE	281
GLOSARIO DE TÉRMINOS MADRILEÑOS	293
DICHOS MADRILEÑOS	305
BIBLIOGRAFÍA	309

PRÓLOGO

Verdaderamente la historia se escribe con mayúsculas, aunque no es menos cierto que a veces se quedan por ahí unos flecos que bien administrados nos pueden dar idea de los aspectos menos serios y formales de la misma, y no por ello menos ciertos. Son esos chascarrillos o pequeñas historietas que nos hacen poner pie en tierra, recogidos cada uno en su contexto y época correspondiente.

Por inverosímil que pueda parecer lo reflejado en el libro se ajusta a la realidad. Pequeños y grandes aspectos de la vida cotidiana, costumbres palaciegas, clericales y populares, situaciones del pasar en el día a día, organización jurídica, sanitaria o civil. Normativas reales o del propio Ayuntamiento que nos descubren en sus minucias el engranaje de las distintas sociedades que desembocan en la actual que nos ha tocado vivir a nosotros, con sus legados, para bien o para mal. Muchos personajes de los que la historia sólo resalta sus hechos más relevantes tuvieron, como a nadie se le escapa, unos avatares más mundanos y humanos como ciudadanos de su tiempo.

Rebuscando en la casuística más nimia y anecdótica me ha dado para componer estas líneas, sacando a la luz un devenir cotidiano no tan comúnmente conocido de los usos y costumbres de los que se patearon Madrid antes de que nuestros padres se conocieran. Las mismas o parecidas situaciones no se solucionaron de igual manera en cada periodo de la historia. La posibilidad e inmediatez de exponer un hecho en la actualidad, llegando a los lugares más recónditos, merced a los adelantos informáticos, las suplía el gracejo madrileño usando mentideros y tertulias, pasquines y chascarrillos, con octavillas, pintadas o libelos.

En definitiva, he tratado de reflejar aquí hechos verídicos, individuales y grupales de las sociedades —aristocrática, civil o religiosa— que tuvieron lugar de aquella manera. Reiterar mi agradecimiento a buenos autores que, cada vez más, se dedican a husmear en la historia madrileña y nos la trasladan con rigurosidad y encanto.

Muchas gracias

Carlos V (1500-1558)

Dicen que Carlos V pasó sus últimos años de vida en el monasterio de Yuste aquejado de una fuerte gota que le acompañó hasta su muerte. Quizá a ello contribuyera la fama de buen comedor que le acompañó durante su vida. De hecho hacía que por la noche junto a su lecho le pusieran un capón cocido en leche, por si se despertaba con hambre, y se lo solía comer. Por otro lado, era normal que en una comida de diario se trasegara cinco litros de cerveza, aparte del vino que fuera menester.

Circula por los mentideros de la historia la sentencia dictada por Carlos V a su hijo Felipe II con respecto a la capitalidad: «Si quieres aumentar la extensión

de tus reinos, ponla en Lisboa; si quieres conservarlos, en Sevilla, y si quieres perderlos, en Madrid». Como hasta 1581 no se unió el Reino de Portugal a la Corona de España, es difícil que se produjera esta frase.

Cuando se casó Carlos V con Isabel de Portugal, se fue a pasar la luna de miel a Granada. Allí mandó plantar unas flores persas desconocidas en España y que habían llamado su atención por su belleza y fragancia: los claveles.

Felipe II (1527-1598)

Con Felipe II y en Castilla en general, los días laborables de la semana se reducían a cuatro, ya que el jueves era el

día dedicado a Jesucristo, fiesta, el sábado a la Virgen, asueto, y el domingo al Señor, más de lo mismo, con la obligación de asistir al oficio religioso de la Santa Misa.

En tiempos de Felipe II el papa Pío V decidió acabar con las corridas de toros y dictó un breve pontificio en el que se excomulgaba a los nobles o príncipes que dejaran correr toros en sus dominios y negaba la sepultura en sagrado a quienes murieran en este tipo de celebraciones.

Felipe II era más partidario de los vinos del Rin que de los madrileños. Entre los vinos madrileños quedaba en primer lugar el vino blanco de San Martín de Valdeiglesias, tenido como el mejor vino de España y calificado de *Precioso*, título que le daba derecho a venderse más caro que los carentes de esta denominación oficial.

Madrid fue el primer sitio en España donde manó vino de una fuente pública. Fue en 1570 a raíz de la llegada a la Corte de la reina Ana de Austria, después

de celebrar sus esponsales con Felipe II en Segovia.

Felipe II fue, tal vez, el rey más pro-catalanista de su dinastía. Tras la muerte de su madre, fue criado y educado en el seno de una familia catalana, los Requesens; entendía el catalán hablado (el único rey que lo ha hecho).

Felipe II fue el patrón más generoso e importante de la abadía de Montserrat. Para hacer un buen altar en ella ordenó a un artista realizar distintos bocetos de distintos altares, que al final se construyeron en Valladolid y luego transportados en sesenta y cinco carros a Cataluña.

Felipe III (1578-1621)

Felipe III ni siquiera fue capaz de elegir esposa entre la terna entregada por su padre mediante retratos de las tres hijas casaderas del archiduque Carlos. Se negó a asumir la responsabilidad, zanjándose el tema por sorteo. Margarita de Austria fue la agraciada en él.

Se encontraba aquejado de una grave dolencia por la que hubo de guardar cama. Parecía tan grave que otorgó testamento. Felipe III mandó entonces desplazar el cuerpo de San Isidro desde Madrid a Casarrubios del Monte (una distancia aproximada de cincuenta kilómetros) sobre una litera que llevaban cuatro sacerdotes a hombros, para asegurar su conservación, hasta su mismísimo dormitorio, donde le veneró desde su lecho. Aunque sanó, quedó resentido, y murió de erisipela en el alcázar en 1621, al año siguiente.

El convento de la Encarnación, de monjas recoletas de la Orden de San Agustín, fue fundado en 1611 por Margarita de Austria, esposa de Felipe III, quien, según la tradición, hizo la promesa de crear un establecimiento religioso si se expulsaba a los moriscos de España.

Las monjas del convento fueron llamadas *margaritas* por el nombre de su fundadora. Las obras del edificio duraron cinco años y fue unido por un pasadizo al Palacio Real.

A Felipe III le dio por practicar el juego de pelota como entretenimiento para hacer ejercicio. Luego ya, y como juego doméstico para solazarse con la reina, casi todas las noches daba rienda suelta a una fuerte afición al juego de naipes, lo que daba lugar a timbas en las que se cruzaban apuestas importantes, incluso hasta de cien mil ducados en no pocas ocasiones.

Durante buena parte del tiempo en que estuvo la Corte en Valladolid (1601-1606), el rey lo pasó solazándose entre los palacios de El Pardo, El Escorial y Aranjuez, siendo el duque de Lerma quien hacía acto de presencia en Valladolid para manejar los asuntos de Estado. Felipe III no estuvo presencialmente mucho tiempo en la ciudad castellana.

Felipe III, por decreto, no les autorizó a los gitanos otra profesión que no fuera la de labrador, a fin de combatir sus inclinaciones nómadas y motivar su asentamiento en un lugar permanente.

Por Orden Real de Felipe III, contra todos los usos y costumbres y contra-

viniendo toda legislación, se aplicó tormento a don Rodrigo Calderón, pese a que debía estar libre de ello por pertenecer a Orden Militar y ser noble. Esta decisión no fue muy bien acogida por la nobleza, independientemente de las simpatías que despertara el acusado.

En 1500 en aguas de Panamá se encontró una perla excepcional con forma de pera y brillo nacarado (la perla Peregrina), del tamaño de una avellana y encontrada en el archipiélago de las Perlas, en Panamá, por un esclavo. Fue una de las más legendarias joyas de la Corte española, de renombre entre las Cortes europeas, tasada en treinta mil ducados, que lucían en el pecho las reinas de España en las grandes solemnidades. Felipe II se la compró a su hija, pero la dejó para aumentar el patrimonio de la Corona.

Felipe III aparece en un cuadro pintado por Velázquez con la perla prendida de su sombrero. También aparece con la joya su esposa, Margarita de Austria, en un retrato ecuestre y prendida del pecho mediante un rico broche.

Con el paso del tiempo habría de quedársela José I Bonaparte, que se la regala a su esposa, pero cuando se separan, él se la lleva a Estados Unidos. En este país ve llegar el siglo xx y en una subasta el actor Richard Burton la compra para regalársela a Elisabeth Taylor.

Felipe IV (1605-1665)

Nació Felipe IV en el Palacio Real de Valladolid, donde su padre Felipe III había trasladado la Corte de la Monarquía española, el 8 de abril de 1605. Fue reconocido heredero de la Corona en la iglesia de San Jerónimo, de Madrid, dedicada desde entonces a tal ceremonia, el 13 de enero de 1608.

En su niñez, a pesar de las severas enseñanzas eclesiásticas, se le permitió la declamación y representación de comedias, a lo que se dedicó entusiasmado. De ahí su pasión por el teatro.

Casó con Isabel de Borbón el 8 de octubre de 1615, cuando él contaba con diez años de edad y su esposa doce. No pudo consumarse el matrimonio *in facta* por

la tierna edad de los contrayentes, si bien, como princesa de Asturias, fue instalada la princesa francesa en el Palacio de Madrid.

El conde duque de Olivares fue el que medió para que el príncipe, con quince años en 1620, comenzase a hacer vida marital con la bella Isabel, instalándose la pareja en el palacio de El Pardo.

Su fama de mujeriego le hace ser conocido por el Rey Galante.

La función de mamporrero que hacía el conde duque con el rey le granjeó la enemistad de Isabel de Borbón, aunque se puede decir que la aversión era mutua.

El conde duque de Olivares era áspero con las mujeres, incluso con la reina. Se dice que, como ella se aventurase a emitir una oposición sobre asuntos de gobierno, este le dijo al rey que la misión de los frailes era sólo rezar y la de las mujeres, sólo parir.

Incluso le acusaban de haber introducido a Felipe IV en la secta de los alumbrados, herejía muy en boga por enton-

ces, que fomentaba la sensualidad y, de alguna manera, la fornicación.

Tuvo, por lo que se sabe, Felipe IV buenas relaciones con sus dos esposas. Isabel de Borbón conocía los devaneos de su esposo, pero su dignidad de reina y el respeto al esposo soberano le hicieron sufrir con resignación tales deslices. El rey la trataba siempre respetuosa, galante y cariñosamente. Estuvo embarazada casi anualmente.

Ninguna de las amantes tuvo ascendencia sobre el rey. Había mucha diferencia entre un soberano sacrosanto y la humanidad vulgar.

Por cuestión de etiqueta palatina, las queridas del rey, al ser por este abandonadas, debían ingresar en un convento. Se cuenta que una vez el rey fue a llamar a la puerta de una dama y ella, sabiendo quién era, le dijo: «Vaya, vaya con Dios, no quiero ser monja».

Felipe IV daba veinte escudos por encuentro a su amante de turno, cantidad ínfima y que enfadó a alguna (que in-